

Hermano Richard

El arco iris del Diluvio

Dijo Dios a Noé y a sus hijos:

He aquí que establezco mi alianza con vosotros con vuestra descendencia y con todo ser vivo que se halle junto a vosotros: las aves, los animales domésticos, todas las bestias salvajes de vuestro entorno, es decir, con todo ser que haya salido del arca; todos los animales de la Tierra. Yo establezco mi alianza con vosotros y nunca más volverá a ser aniquilada toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvios para destruir la Tierra.

Dijo Dios:

Esta es la señal de la alianza que establezco o entre vosotros y yo, así como con todo ser vivo que se halle junto a vosotros y todas las generaciones futuras: he puesto mi arco en las nubes como señal de la alianza que he establecido entre yo y la Tierra. Cuando haga venir mis nubes sobre la Tierra se verá el arco en las nubes y me acordaré de la alianza entre vosotros y yo y cualquier ser vivo: nunca

más se convertirán las aguas en Diluvio para destruir toda carne. Cuando el arco esté en las nubes, lo miraré para acordarme de la alianza perpetua entre Dios y todo ser vivo; toda carne que existe sobre la Tierra.

Y dijo Dios a Noé:

Esta es la señal de la alianza que he establecido entre yo y toda carne que exista sobre la Tierra.

Génesis 9, 8-17

El arco iris y el Diluvio

¿Quién no ha admirado alguna vez el arco iris? Puede que de niños hayamos intentado incluso llegar hasta el lugar donde toca la tierra.

El arco iris también se encuentra en la Biblia: el problema es que forma parte de la historia del Diluvio. Un día una niña le dijo a su abuela: «Quiero a Jesús, pero no a su padre»; la pequeña explicó: «porque ha ahogado a todo el mundo». Acababa de escuchar la historia del Diluvio en el catecismo.

El arco iris es muy bonito, pero forma parte de un relato desconcertante. Dios creó a los animales y a los seres humanos. Luego cambia de opinión y decide destruirlos. Un Dios así no solo espanta a las niñas pequeñas.

¿No sería mejor que nos olvidáramos del Diluvio y nos quedáramos con el arco iris? El arco iris muestra la promesa de Dios: «nunca más se producirá un diluvio para destruir la Tierra». Pero la promesa no disipa el malestar por completo, ya que, hubo un día en el que Dios inundó el mundo entero...

Sin el Diluvio no habría arco iris; al menos así aparece en la Biblia. Pero el relato del Diluvio solo incomoda si se lee por encima, de un modo superficial, como si ya se conociera. Pero, si se vuelve a leer con atención, sin ideas preconcebidas, puede resultar apasionante y se pueden descubrir cosas asombrosas.

Los relatos de cataclismos

En la Biblia hay libros históricos, como el de Samuel o el de los Reyes que tratan de narrar lo acontecido en un momento y lugar concretos, aunque contengan también pasajes legendarios. Pero hay otros textos bíblicos como poemas, parábolas o leyendas, cuyo objetivo difiere del de estos libros.

Entonces, ¿de qué trata el relato del Diluvio? En la trama del libro del Génesis forma parte de una historia. Aparece después de la creación y antes de la construcción de la torre de Babel. Pero si se observa de cerca, se puede apreciar que en los primeros capítulos del Génesis no hay una pretensión histórica. La Creación no es un acontecimiento de la historia del mundo, pues no existe ni el momento ni el lugar en el que Dios dijera: «¡Haya luz!». Los relatos de la Creación hablan del mundo y de los seres humanos de todos los tiempos.

Otros relatos similares emparentados con el género mítico que forman parte del entorno cultural de la Biblia, confirman que el relato del Diluvio no pretende narrar un acontecimiento histórico. El más conocido es, sin duda, la Epopeya de Gilgamés, un texto mesopotá-

mico del II milenio antes de Cristo, descubierto hacia 1870. Narra el episodio de un diluvio cuyas semejanzas con el relato del Génesis causó sensación en el momento de su publicación.

Existen relatos sobre cataclismo por todo el mundo escritos en diversas lenguas y épocas; sin embargo tienen rasgos en común, incluso aquellos en los que no se da una conexión directa. Narran diluvios de agua o de fuego del pasado o del futuro. Ponen de manifiesto una inquietud de la humanidad que nunca ha desaparecido del todo: «¿es la Tierra un lugar seguro en el que vivir?».

Las inundaciones o los tsunamis siempre han dado que pensar a los seres humanos sobre esta cuestión inquietante: ¿puede el agua asolar un día toda la tierra habitable? Una angustia semejante ha surgido, sin duda, ante las erupciones volcánicas: ¿y si un día el fuego consume todo? Las numerosas narraciones sobre una catástrofe natural expresan la inquietud de que un cataclismo acabe con todo vestigio de vida sobre la faz de la tierra.

Hoy en día tenemos explicaciones científicas sobre los terremotos, los tsunamis, las erupciones volcánicas y las inundaciones. Podemos medirlos y en ocasiones, incluso predecirlos, pero también sabemos que el conocimiento científico nos libera de ciertos miedos y también nos genera otros nuevos. En el pasado, el fin de la vida sobre la Tierra se contemplaba como una posibilidad; hoy en día sabemos que es algo contra lo que no se puede luchar. Además, recientemente ha surgido una nueva inquietud: la humanidad es capaz de exterminarse a sí misma y con ella, toda forma de vida sobre la Tierra.

Los relatos de cataclismos como el del Diluvio sir-

ven para hacer frente a la angustia que causan. Por ejemplo, los dibujos animados japoneses que muestran un tsunami, expresan y sacan a la luz el miedo con el fin no dejarlo merodear en la penumbra. En este sentido, el relato bíblico del Diluvio no es una excepción. Confronta al lector con la posibilidad del fin de toda vida sobre la Tierra y, al mismo tiempo, lo tranquiliza.

Particularidades del relato bíblico

El relato bíblico del Diluvio presenta rasgos comunes con otros relatos de cataclismos de todo el mundo, así como algunas particularidades.

La primera hace referencia a la seguridad con la que se afirma que la catástrofe ha quedado tras nosotros para siempre: «Las aguas no volverán a convertirse en diluvio para destruir toda carne». Esta una afirmación resulta asombrosa. ¿Por qué algo que ha ocurrido una vez no puede volver a ocurrir? Además, a pesar de todo lo que la Biblia afirma, en la famosa expresión «después de nosotros, el Diluvio» resurge ante nosotros, como un espectro, ¡la amenaza de un diluvio!

Parece que debemos ésta expresión a Mme. de Pompadour, la amante de Luis XV. Tras una dura derrota militar invitó al rey a hallar consuelo junto a ella. «Después de nosotros, el Diluvio» es la despreocupación que se mofa del desastre próximo, pero de una manera superficial, pues solo es una suspensión temporal de la angustia.

El Diluvio queda pues, según la Biblia, atrás para

siempre. Al no tratarse de un acontecimiento histórico, no queda atrás en un sentido temporal. A lo largo de la historia se han producido cataclismos y seguirán produciéndose, sin duda. Al situar el Diluvio en un pasado definitivo, el relato bíblico abre la perspectiva de un porvenir feliz. El horizonte de nuestra vida no es una catástrofe futura sino la promesa de Dios.

En segundo lugar podemos ver la relación entre el relato de la Creación y el del Diluvio. El Diluvio se narra, en cierta medida, como una Creación al revés. El agua y la tierra, que Dios separó al crearlas, se mezclan de nuevo. La tierra firme, el hábitat de los hombres y los animales, desaparece.

Al mismo tiempo, la aventura del arca supone el salvamento de las criaturas. El Diluvio marca el punto de partida de una nueva creación. Noé es un nuevo Adán y por medio del arca salva los animales a los que Adán había puesto nombre.

Dichas correspondencias invitan a leer el relato del Diluvio de manera superpuesta al relato de la Creación, como un texto impreso sobre el otro, arrojando luz así sobre lo que la Biblia entiende por la Creación del mundo. Dicha creación nada tiene que ver con la fabricación de un mecanismo bien regulado que funcionará hasta el infinito. Dios no es un ingeniero del universo, ni el universo un reloj.

Según la Biblia el mundo no se sostiene por sí mismo, sino que Dios mantiene la Tierra estable sobre el oleaje» (Salmo 24, 2). Esto mismo se puede generalizar a los seres vivos, pues si viven, es gracias a la presencia continua de Dios: «envías tu soplo y son creados»

(Salmo 104, 30). El Diluvio manifiesta a su manera que la existencia sobre la tierra firme y los seres vivos no es algo que tenga que darse por hecho, pues la vida sobre la tierra podría no existir.

Si la vida de los seres vivos, la humana y la animal podría no existir, entonces ya es para siempre una «vida salvada».

Toda vida es salvada de la nada desde su origen. En este sentido, la creación se encuentra entre las «liberaciones» que Dios realiza en la Tierra (Salmo 74,12): es la salvación (otra traducción posible para la palabra «liberación»). Ser creado es ser salvaguardado, salvado.

En tercer lugar podemos ver otra de las particularidades del relato bíblico en la razón de la catástrofe. En algunos relatos sobre catástrofes, estas ocurren sin razón. Son a veces un capricho de los dioses que luchan contra el aburrimiento. Otro tipo de relatos son más ponderados y muestran argumentos más elaborados. Por muy devastadores que sean, no son el fin del mundo.

Los relatos mesopotámicos señalan los comportamientos humanos que desagradan a los dioses como causa del Diluvio.

En la Biblia, Dios decide limpiar la Tierra por medio de las aguas porque la maldad de los seres humanos había llegado a tal extremo que la vida era imposible.

Al poner de manifiesto la responsabilidad del ser humano, el relato bíblico se vuelve más accesible. Podemos sentirlo más cercano al ver el papel que desempeña el comportamiento humano en la conservación o en la destrucción del mundo.

El actor principal, no obstante, siempre es Dios. Es

él quien provoca el Diluvio, y es él quien hace surgir un mundo nuevo, por así decirlo, recién lavado.

En los comentarios antiguos judíos o cristianos, el Diluvio se considera como una medida de higiene. Dios ha liberado la Tierra de la violencia para preservar la vida. Un célebre pensador cristiano del Norte de África llamado Tertuliano, en el siglo III, llamó al Diluvio «el bautismo, por así decirlo, del mundo».

La alianza

La alianza constituye la particularidad más relevante del relato del Diluvio, pues introduce en la Biblia este concepto básico: aparece por primera vez al comienzo de la narración (Génesis 6, 18) y luego hasta siete veces en el breve pasaje de Génesis 9, 8-17.

La Biblia es un libro de alianzas: la alianza con Abraham, la del Sinaí, la alianza con David y finalmente la Nueva Alianza. Esta alianza con Noé y con todos los seres vivos parece ser el prototipo de todas esas alianzas.

Pero, ¿qué es una alianza? En el lenguaje cotidiano una alianza es un contrato entre dos o más partes, una vez finalizada la negociación de un acuerdo. Ahora bien, después del Diluvio no hay ni negociación ni cierre de un acuerdo. Solo habla Dios y Noé y su familia escuchan. No dicen nada, ni siquiera dan su consentimiento.

A falta de otra opción mejor, la palabra hebrea *berith* se traduce por «alianza». Otra traducción posible sería «disposición» según la versión griega de la Biblia, hecha por los judíos de Alejandría, en el siglo II antes de

Cristo (llamada de los *Setenta*). Dios dispone el mundo de una cierta manera, establece un cierto orden. El texto no dice que Dios cierre una alianza, sino que establece su alianza.

Aparece también el verbo «dar»: «Esta es la señal de la alianza que pongoliteralmente: doy entre yo y vosotros y todo ser vivo que se halle junto a vosotros». Tanto la señal de la alianza como la alianza en sí son «dadas». La expresión «dar una alianza» se encuentra también en el Nuevo Testamento: «Dios le dio la alianza de la circuncisión» (Hechos 7, 8).

Al finalizar el Diluvio, Dios dispone o reorganiza el mundo según su voluntad. Su alianza genera, por así decirlo, una nueva constitución de la naturaleza que él aporta y que concierne a «todos los seres vivos»: humanos y animales. Y es «una alianza perpetua» que contiene una promesa esencial: «nunca más se convertirán las aguas en Diluvio para destruir toda carne».

Los dos aspectos de la alianza con Noé

¿Qué implica esta promesa «no habrá más Diluvio para destruir la Tierra»? Verdaderamente significa que el mal ya no tendrá nunca más la última palabra. El mundo anterior al Diluvio se ha ido a pique debido a la maldad y a la violencia. Dios decide al establecer su alianza que, en adelante, el mundo continuará, hagan lo que hagan los seres humanos que lo habitan.

Ahora bien, esta decisión tiene una consecuencia grave. Con ella, Dios se prohíbe las soluciones drásticas. Ya no puede llevar a cabo una limpieza global del mundo – así es como el Diluvio se ha comprendido en ocasiones: Dios se niega la posibilidad de hacer *tábulas rasas*.

Con su promesa «para todas las generaciones futuras», Dios se ata las manos. Ya no habrá más comienzos radicales: Dios ya no hará perecer un mundo descañado para reemplazarlo por otro. En adelante deberá tolerar a sus criaturas.

¿Qué hará Dios cuando la injusticia y la violencia adquieran protagonismo? Porque él sabe bien que «el corazón del hombre tiende al mal desde joven» (Génesis 8, 21). Dios todavía espera actos malvados y violentos y sin embargo, se compromete a no intervenir ya nunca más como en el Diluvio.

La alianza con Noé permite presentir la profundidad dramática de la relación de Dios con sus criaturas. Dios es libre, pero también se ve obligado a respetar el orden que él mismo ha establecido. El relato del Diluvio muestra primeramente a un Dios todopoderoso que hace lo que le parece. Ahora bien, con la alianza este tipo de omnipotencia divina ha terminado para siempre y no en un sentido temporal, sino en un sentido absoluto, teológico.

La alianza traslada el drama a Dios mismo. Dios está dispuesto a sufrir lo que él mismo se ha prohibido: suprimir con la violencia. Esta situación es quizá comparable a la de los padres que no consiguen impedir que sus hijos se comporten de un modo nefasto. Ellos tampoco pue-

den abandonarlos y olvidarlos. Siguen siendo los padres de sus hijos y sufren.

El Diluvio y el profeta Oseas

La noción de la alianza quizá fuera introducida en el vocabulario bíblico por el profeta Oseas, que vivió en el siglo VIII antes de Cristo. En el libro de Oseas, la alianza de Dios es una disposición en favor de Israel, pero está, concertada «con las bestias del campo, con las aves del cielo, con los reptiles del suelo» (Oseas 2, 20), lo que la relaciona con la alianza establecida «con las aves, los animales domésticos y todas las bestias salvajes» del Génesis.

El capítulo 11 del libro de Oseas aporta una clave para comprender lo que está en juego en la alianza con Noé. Dios ahí llama a Israel «su hijo amado». Pero, a pesar de toda la ternura de Dios, no deja de distanciarse. No es simplemente que no quiera, sino que es incapaz de volver a acercarse a Dios. «Cuanto más lo llamaba, más se alejaba de mí se lamenta Dios– mi pueblo está aferrado a su infidelidad» (Oseas 11, 2 y 7).

Por un momento, Dios piensa en abandonarlo y olvidarlo. Considera la posibilidad de un diluvio de fuego como el que destruyó las ciudades de Sodoma y Gomorra: pero no puede, porque se halla preso de su propio amor. «Mi corazón está conmovido y se estremecen mis entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím» (Oseas 11, 8-9).

En el Antiguo Egipto, se elogiaba a los buenos fun-

cionarios por su «cólera», es decir, que no les temblaba la mano para hacer frente a los criminales. La expresión «el ardor de mi cólera» indica la oposición intransigente de Dios ante toda maldad. Según Oseas, esa cólera podría convertirse en un diluvio de fuego. En el Génesis, había desencadenado el diluvio de agua: «He decidido que el fin de toda carne ha llegado, porque la Tierra está llena de violencia a causa de los hombres y voy a exterminarlos con la Tierra» (Génesis 6, 13).

Pero he aquí que el profeta anuncia que Dios renuncia a emplear su cólera. En realidad, más bien la dirige hacia sí mismo. El ardor de su cólera se convierte en el fuego de su compasión. Dice: «Mi corazón se vuelve contra mí» (Oseas 11, 8), podría traducirse también así. Estas palabras expresan una enorme tensión en Dios, el drama de la alianza. Dios se declara dispuesto a soportar y a sufrir. No puede hacer otra cosa. ¿Por qué? «Porque yo soy Dios, no hombre; en medio de tí soy santo» (Oseas 11, 9).

Para el profeta Oseas, Dios promete no «volver a pensar en *destruir* a Efraím». En la promesa que hizo a Noé aparecen también estas palabras: «las aguas no se convertirán ya más en diluvio para *destruir* toda carne». Es posible que la palabra de Oseas haya influido en la redacción del relato del Diluvio. En este caso, la misma promesa incondicional que en Oseas se hace a Israel a y a todos los seres vivos en el libro del Génesis.

¿Acabar con el mal o tolerarlo?

Dios decide de manera unilateral que no se enfrentará a los malvados destruyéndolos. ¿Qué podría ocurrir si se tolera el mal así? Dios tendrá que ser tolerante con los malvados. Surge también con el relato del diluvio esta cuestión esencial: ¿se resignará Dios a dejar que los injustos prosperen?

Jesús dice que Dios «hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos» (Mateo 5, 44-45). Puede que haga alusión al compromiso que de Dios instauró al finalizar el diluvio: «Mientras dure la Tierra, siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, día y noche, no cesarán» (Génesis 8, 22).

Jesús revela la inmensa bondad de Dios, pero sus palabras no son anodinas. La bondad de Dios hacia todos ¿no es una injusticia hacia los justos? Si Dios hace prosperar tanto a los malvados como a los bondadosos y su benevolencia es igual para todos, hay muchas posibilidades que los malos ganen y que los buenos nunca dejen de sufrir.

Dios no quiere, de ninguna manera, que los malvados perseveren en su maldad, sino «curar su infidelidad» (Oseas 14, 5). Pero su compromiso de no volver a intervenir de forma autoritaria sigue resultando algo ofensivo cuando uno se pone del lado de las víctimas. Dios no interviene contra los violentos y los malvados: – ¿no puede? ¿no quiere?

El antes y el después del Diluvio no quiere decir que haya dos tiempos, sino dos órdenes o modos de organización diferentes. Antes de la alianza, Dios no duda

en intervenir. Lava la Tierra con lluvias torrenciales. Suprime la maldad arriesgándose a que todo desaparezca. En el orden segundo, el de la alianza, Dios aguarda, espera, tolera.

Al final de la alianza con Noé se perfila la cruz de Jesús: la paciencia con la que Dios se compromete a proceder al finalizar el Diluvio llegará hasta ahí. En lugar de enviar doce legiones de ángeles para eliminar a sus perseguidores –posibilidad sugerida por el mismo Jesús (Mateo 26, 53). Dios entrega al justo al poder de los injustos. Antes de la alianza que marca el fin del diluvio sucede a la inversa: Dios salva a Noé, el justo, haciendo perecer a los injustos.

La alianza con Noé y más adelante la cruz de Jesús, ¿quiere decir que Dios se amolda, que comprende que el mal del hombre es tan radical que no se puede limpiar erradicar? ¿Se resigna a soportar a los malvados para siempre?

La promesa de Dios y su paciencia no suponen que Dios permanezca de brazos cruzados. En el fondo, la elección de soportar a los hombres tal y como son hay una esperanza apasionada, una energía escondida que demuestra el arco iris.

El arco

Ya hemos llegado al arco iris: esa es la señal de la fuerza contenida de Dios. Porque el arco que aparece en las nubes es redondo, luego es un arco forzado hasta el extremo. Y tan extremadamente tenso que el arco iris es

la paciencia de Dios, cargada de una fuerza retenida. La señal de la alianza, el arco tensado, impide confundir la paciencia con la debilidad.

¿Es el arco iris una señal de paz? Un biblista del siglo XIX escribe: «Tendido entre el cielo y la Tierra, es como un vínculo de la paz entre los dos». Los comentarios más recientes señalan que un arco es en primer lugar un arma. Los guerreros son los que los llevan. Dios habla como un arquero cuando dice: «Pongo mi arco en las nubes» (Génesis 9, 13).

En la Biblia, Dios aparece en ocasiones como un guerrero. He aquí un ejemplo del libro de Habacuc: «¿Se inflama tu cólera, Señor, contra los ríos, contra los ríos tu cólera, contra el mar tu furor, para que montes en tus caballos, en tus carros victoriosos? Tú desnudas tu arco, las palabras de las promesas solemnes son saetas. Con torrentes abres surcos en la tierra. Te ven las montañas y tiemblan. Una tromba de agua cae, el abismo deja oír su voz, extiende sus manos hacia lo alto» (Habacuc 3, 8-10).

En este pasaje lleno de imágenes Dios es un guerrero que monta a caballo y carros de combate. Tensa un arco, lanza sus flechas. Estas mismas representaciones se vuelven a encontrar en otros textos y en dibujos y grabados hallados en el Antiguo Oriente. Los hombres del mundo que describe la Biblia estaban familiarizados con dioses combativos.

Pero, ¿a quién hace Dios la guerra? En el texto de Habacuc, se refiere a los ríos, la mar, el abismo: lucha contra las mismas fuerzas de las que se sirvió para provocar el diluvio. Lucha para imponer un límite.

Su promesa acerca de no convertir “ya más las aguas en diluvio para destruir toda carne» implica que domina las aguas. Por mucho que el abismo se esfuerce en vano «extendiendo sus manos hacia lo alto»: ya ha sido vencido.

En el entorno cultural en el que se escribió la Biblia, el orden y la belleza del mundo solían considerarse como una victoria de los dioses, en su combate contra las fuerzas del caos. La Biblia toma distancia ante dichos mitos y afirma que Dios crea por medio de su palabra, sin esforzarse ni luchar: «Habla y así es, ordena y existe» (Salmo 33, 9).

Pero la Biblia no siempre rechaza las imágenes míticas y su fuerza poética. También le gusta evocar el combate de Dios que vence por completo las fuerzas del caos para restablecer y mantener la armonía en el mundo. En el salmo 74, por ejemplo, se expresa en términos parecidos a Habacuc: «Tú dominaste el mar con tu fuerza, estrellaste las cabezas de los dragones contra las aguas» (verso 13). La alternancia del día y de la noche así como la regularidad de las estaciones son fruto de esta victoria de Dios (versos 15-17).

Señal del uno o del otro

¿Es el arco iris un arma de guerra o una señal de la paz? El origen guerrero del arco, signo de la alianza, es seguro; pero hay al menos dos maneras de interpretarlo.

«Pongo mi arco en las nubes»: el arco, con sus vivos colores, no puede pasar desapercibido. El arma exhibida

es el signo la vigilancia de Dios. El arco iris sustenta la promesa de que «las aguas no volverán a convertirse en diluvio para destruir toda carne». Dios vigila preparado para intervenir tan pronto como amenacen las fuerzas devastadoras del Abismo.

Podemos incluso preguntarnos si la exposición del arco iris en las nubes es una estrategia de disuasión: ¿quién desearía declararle la guerra a un arquero que dispone de un arma tan magnífica? Se trata, sin duda, de un lenguaje figurado, que guarda relación con el combate mítico de Dios contra los monstruos del caos. Dios está más allá de toda representación, pero también, por encima de todo concepto.

«Pongo mi arco en las nubes»: podemos entender que Dios depone su arma en las nubes al igual que hace un arquero una vez finalizado el combate. Cuelga su arco en el muro de su casa. De acuerdo, también, con el libro de Oseas, Dios depone las armas y dice: «Los salvaré [...], no los salvaré con arco ni espada ni guerra, ni con caballos ni jinetes (Oseas 1, 7). Hay un contraste impactante con el texto de Habacuc. Dios renuncia a salvar mediante intervenciones de guerra.

Desde esta perspectiva, el arco iris depuesto es símbolo del cese de los combates. ¿No aparece acaso el arco iris después de una fuerte tormenta? Se manifiesta cuando las nubes se despejan y clarea y el trueno da paso a una luz apacible. El arco en las nubes es, por lo tanto, señal de desarme.

El arco iris puede ser también el arco expuesto o el arco depuesto: disuasión o desarme. Una interpretación no excluye a la otra. Las dos en conjunto, la alternancia

entre una y otra, dotan al símbolo del arco iris de riqueza y de fuerza.

El arco depuesto expresa además lo que está en el corazón de la alianza con Noé, la decisión de Dios de tolerar antes que de destruir. En su amor, Dios renuncia a las soluciones violentas, aunque le cueste tan caro que no intervendrá para salvar a su Hijo amado del sufrimiento atroz de la cruz.

La señal del arco expuesto preserva la no violencia de Dios de la afectación. La paciencia de Dios no es ni debilidad ni indiferencia. Sí, Dios depone su arco, pero permanece en tensión. El arco iris es la paciencia tensa de Dios. Sus vivos colores irradian la energía contenida de la pasión de Dios.

La señal del arco iris se puede ver en todas partes, lo que confirma que la alianza con Noé se extiende a «todo ser vivo, toda carne que existe sobre la Tierra». El documento de la alianza escrito en las tablas de la ley en el Sinaí, solo se da al pueblo de Israel. La alianza del Sinaí es para Israel, el pueblo que da su consentimiento a los mandamientos. La alianza otorgada a Noé es pública y universal.

Un paralelismo con la alianza del Sinaí

La alianza del Sinaí se rompe tan pronto como se cierra. Al pie de la montaña donde Dios habla con Moisés, el pueblo de la alianza se construye un ídolo, el famoso

becerro de oro, para adorarlo. Dios decide entonces suprimir al pueblo y solo cambia de idea por el ruego incesante de Moisés (Éxodo 32).

En este momento elige tolerar a ese «pueblo de dura cerviz» (Éxodo 32, 9), al igual que decidió tolerar a la humanidad, de buenos y malos, cuando prometió que nunca más se convertirían las aguas en diluvio para destruir la Tierra. Por Noé y por medio del arca los seres vivos se salvaron de las aguas que debían limpiar la Tierra. Y, por la intercesión de Moisés, salva al pueblo de la alianza, del fuego que debía consumir su mal.

Dios ya había revelado su nombre: «Yo soy el que soy» (Éxodo 3,14). Tras su decisión de mantenerse fiel a su pueblo, cueste lo que cueste, descubre su corazón ante Moisés. Dios es «clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en bondad y verdad» (Éxodo 34,6), lo que San Juan resumirá en: «Dios es amor» (1 Juan 4, 8).

Las palabras misericordia, clemencia y bondad expresan cada una a su manera que Dios más que amor. Solo las palabras «lento a la cólera» podrían ensombrecer el panorama. Pero también hablan de amor. La Biblia griega de los Setenta, a la que siguen numerosas traducciones modernas, la traduce por: makróthymos, es decir, «magnánimo», «paciente».

Esta traducción no deja lugar a dudas. Pero las palabras «lento a la cólera» tienen la ventaja de manifestar algo de la vida interior de Dios, pues dejan entrever la huella del combate que se desarrolla en el corazón de Dios.

El verso siguiente precisa: «soporta la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no deja nada impune»

(Éxodo 34, 7). Dios no considera inocente al culpable, pero se opone al mal. Dios lucha dentro de sí, su propio corazón se revuelve hasta inflamarse. Al renunciar a las soluciones violentas, busca por todos los medios acabar con lo opuesto al amor.

El arco iris presenta en imágenes para toda la humanidad lo que Dios le reveló en palabras a Moisés, en el Sinaí. Dios es amor, amor infinito en recursos, como son infinitos los colores del arco iris. El amor de Dios es poderoso, contiene toda la energía de su «cólera», de su oposición intransigente al mal.

Cristo sentado en el arco iris

Después del relato del Diluvio, el arco iris aparece aún dos o tres veces más en la Biblia. Ezequiel, uno de los profetas a quien le ha sido concedido ver el trono de Dios, habla de una visión en la que Dios resplandece «con el aspecto del arco que aparece en las nubes un día de lluvia: tal era el aspecto de esta luz circundante. Era algo que se asemejaba a la forma de la gloria del Señor» (Ezequiel 1, 28).

Juan, el vidente del Apocalipsis, ve también el trono y la gloria de Dios: «Un arco iris alrededor del trono, de aspecto semejante a la esmeralda». (Apocalipsis 4, 3). Y «de pie en medio del trono» se halla «un cordero como degollado», es decir, Cristo crucificado y resucitado (Apocalipsis 5, 6).

Estas visiones han inspirado a los artistas. En la iglesia Hosios David de Tesalónica, un mosaico de finales del

siglo V representa al Hijo de Dios sentado en el arco iris como sobre un trono. Los profetas Ezequiel y Habacuc lo contemplan, siglos antes de su venida a la Tierra. Ezequiel hace un gesto defensivo con su mano derecha, conmocionado. Él mismo dice que ha visto aparecer sobre el trono de Dios «una figura de apariencia humana» (Ezequiel 1, 26).

La imagen del Hijo de Dios sentado sobre el arco iris como en un trono habla por sí misma. El significado último del arco iris se manifiesta en Cristo. La decisión que Dios expresa en el arco iris, su elección de tolerar a los hombres de todas las generaciones futuras y de renunciar a un futuro diluvio anuncia la venida de Cristo. Porque, si Dios sólo soporta y tolera, ¿cesaría en algún momento la violencia y la maldad?

Cristo ha venido a llevar el pecado en los dos sentidos de la palabra: sobrellevarlo y llevárselo. «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Juan 1,29). En él, se dan los dos: la paciencia de Dios que «hace salir el sol sobre malos y buenos» y la pasión de Dios que «no deja nada impune». El evangelio dice de Jesús que es «manso y humilde de corazón», y que «hace triunfar la Justicia» (Mateo 11, 29 y 12, 20).

Las representaciones de Dios que abate las fuerzas del abismo con su arco de guerra son vigorosas expresiones de una esperanza: Dios vigila para que el mal no haga la Tierra inhabitable. La imagen de Cristo sentado sobre el arco iris expresa una esperanza aún mayor: Dios combate el mal y nos libra de él tan solo con la fuerza de su amor que lo da todo.

¿Qué nos toca hacer a nosotros?

El arco iris no está al alcance del ser humano: lo admiramos, pero no podemos alcanzarlo. Representa el amor de Dios que viene de lo alto y de muy lejos, «Pues tan alto es el cielo desde la Tierra, como grande es su amor» (Salmo 103, 11) y «De lejos, el Señor se me apareció: con amor eterno te he amado» (Jeremías 31, 3).

Al mirarlo, podemos llegar a reflejar algo de él, porque estamos hechos a la imagen de Dios. El libro del Génesis recuerda que no solo Adán y Eva, sino también Noé y su familia, como todos los seres humanos, están hechos a imagen de Dios (Génesis 9, 6). El Dios vivo no desea que su presencia sea señalada por estatuas o estatuillas fabricadas, como es costumbre en la mayoría de las religiones. Ha hecho a mujeres y a hombres vivos para representarlo en la Tierra.

Dios solo se ha comprometido primero en la magnanimidad. «Hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mateo 5, 45). Pero Jesús nos propone convertirnos en las imágenes vivas de Dios, parecernos a él gracias a la misma paciencia tensa que la suya: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo» (Lucas 6, 36). Podemos corresponder a Dios cuando nos comportamos como Dios.

La violencia y la maldad dan a veces ganas de gritar: «¡ya basta!». ¿Quién no desearía que Dios interviniese más visiblemente a favor de las víctimas de las injusticias? El arco iris recuerda tanto la paciencia como la pasión del amor de Dios. Y Jesús nos llama a amar como Dios ama: «Amad a vuestros enemigos y rogad por los

que os persiguen» (Mateo 5, 44). Un amor así es tan fuerte y radiante como los vivos colores del arco iris.

